

**Procesos discursivos de exclusión y de recuperación
literaria de identidades colectivas marginadas.
El caso argentino.**

*Elisa Moyano**

Resumen

Acalladas las guerras independentistas, se enfrentan grupos con proyectos distintos para la nación. Los proscriptos, que leen la realidad desde el paradigma civilización-barbarie, se enfrentan a los caudillos constituyéndose a sí mismos en una raza superior, poseedora de la verdad. Cuando toman el poder, los excluyen junto a los gauchos y a los indios, en una verdadera guerra de razas. Luego promulgan leyes que les permiten suprimir formas diferentes del saber, atrás de las cuales la guerra sigue disimulada, pero encendida.

A fines del siglo XIX, un nuevo paradigma que reivindica a los gauchos y a los caudillos, el mestizaje, es utilizado por una porción de la clase dominante (los nacionalistas) a fin de disimular el racismo del paradigma usado anteriormente y permitir la conservación del poder en manos de esa clase. Los nacionalistas se alían con los escritores del interior a comienzos del XX, y a las reivindicaciones iniciadas por aquellos se le suma la revaloración del interior propulsada por éstos, basada en modos diferentes de percibir el mundo.

Estas diferencias fueron acentuándose con el correr del siglo. El ascenso de las capas medias hizo posible la aparición en el norte de un paradigma andino, el indigenismo, y los textos literarios permiten una visibilización del indígena basada en la dicotomía explotador-explotado.

Hacia el final del siglo, algunas novelas y unos pocos textos de autoría indígena recuperan saberes sumergidos y los conflictos de la guerra de razas originaria salen a luz.

Palabras clave:

Homogeneidad - Civilización/barbarie - Mestizaje - Indigenismo - Heterogeneidad

Abstract

Discourse processes of exclusion and literary recovery of marginalized collective identities. The Argentine case.

Once the independence wars silence, groups with different projects for the Nation oppose each other. The proscribed, that read reality from the civilization-barbarism paradigm, oppose the *caudillos*, constituting themselves as a superior race, the owners of the truth. Once they take over the power, they exclude the *caudillos*, together with the *gauchos* and Indians, by means of a real racial war. Then they enact laws that permit them to suppress different kinds of knowledge. Behind those laws, the war, though concealed, goes on. At the end of the XIXth century, the mestization, a new paradigm that vindicates the *gauchos* and *caudillos*, is used by a sector of the dominant class (the nationalists) in order to conceal the racism of the previous paradigm and permit them to keep the power. At the beginning of the XXth century, the nationalists make alliances with writers from the provinces. In addition to the *gauchos*' and *caudillos*' claims, these writers encourage a new appreciation of the provinces, based on different ways of conceiving the world.

* Facultad de Humanidades - UNSa - CIUNSA

The differences become greater throughout the century. The rise of the middle strata allows the appearance of an Andean paradigm in the North, the Indianism, and literary texts make the Indian be considered from a perspective based on the dichotomy exploiter-exploited.

At the end of the century, several novels and a few texts written by Indians recover this plunged knowledge, and the conflicts arising from the race war come into light.

Key-words:

Homogeneity - Civilization / barbarism - Mestization - Indianism - Heterogeneity

Hablar de los procesos de exclusión en el discurso de la formación de las naciones, o sea de la posibilidad de que alguien sea excluido, es hablar de dos bandos enfrentados, de un vencedor que asume la conducción y un vencido que es separado y rechazado desde el lugar del poder.

Las relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar, según Michael Foucault, sin una producción, una acumulación, una circulación y un funcionamiento de los discursos de la verdad (1996:28). El sujeto que dice “yo” o “nosotros” no es el filósofo, sujeto totalizante o neutral. El que habla, el que dice la verdad, está necesariamente dentro de la lucha. Está situado de un lado o del otro en la batalla, tiene adversarios, y se bate para obtener una victoria particular. La verdad es, entonces, una verdad que sólo puede desplegarse a partir de una posición de lucha y está relacionada con la victoria que quiere obtener (1996:48-49).

La producción discursiva de la verdad acompaña todo el proceso bélico: enciende la guerra, acompaña la victoria, preside la toma del poder y el nacimiento del estado. No desaparece con la conformación de este último, se convierte en el discurso estatal que sirve para conservar el poder sobre pluralidad de pueblos contiguos.

Vamos a centrarnos en el caso argentino, en el que, a partir del dominio discursivo del paradigma civilización-barbarie, enunciado desde el exilio por los hombres de la llamada generación de 1837, se llevaron a cabo -ya en la segunda mitad del siglo- políticas homogeneizadoras que van desde la exclusión de los actores que habían quedado en el polo de las sombras (caudillos y gauchos), hasta guerras de exterminio contra los indios, acciones deliberadas del estado nacional que, hasta cerca de la década del ochenta, no habían sido implementadas con estas características, a pesar de la estigmatización de los pueblos originarios y de la expansión sobre las fronteras.

Ya hacia fines del siglo XIX y a comienzos del XX, el discurso de la guerra no ha desaparecido, simplemente ha modificado sus estrategias: desde un paradigma abiertamente racista que había imaginado y construido la nación excluyendo, se pasó a uno que disimula su racismo para apoyar la conservación del poder. Se trata del mestizaje, modelo a partir del cual se realizaron determinadas “correcciones” de la historiografía oficial (se reivindicó a los caudillos) y determinados “usos” de la literatura gauchesca (se erigió al gaucho como emblema identitario de la nación). Las alianzas entre los sectores contrahegemónicos de la Capital Federal (provincianos residentes en la misma), que habían propiciado el cambio de paradigma, y los escritores de provincia, hacen posible la llegada de estos patrones discursivos al interior del país y favorecen su textualización, durante las primeras décadas del siglo XX. Hacia mediados de ese siglo, desde la frontera norte, se generó la adhesión a un modelo discursivo que proviene de los países andinos, el indigenismo, y en los textos literarios se revaloriza una figura cuya centralidad permitió visibilizar al actor excluido desde las guerras y desde los paradigmas discursivos homogeneizadores: el indio. La operación, que fue progresivamente recuperando “memorias locales” (FOUCAULT, 1996:18), puede (tal vez) hacer posible, en lo sucesivo, el surgimiento de contenidos históricos sepultados o enmascarados que permitan la

eclosión de los enfrentamientos y las luchas que los discursos de la verdad, mencionados al comienzo, se habían propuesto enmascarar.

En las dos primeras partes haremos referencia a la constitución de los paradigmas normalizadores. En la tercera, a su inscripción en textos salteños en los que se produce una progresiva recuperación (discursiva al menos) del indio.

I

Acallado el fragor de las luchas de la independencia, en las que los criollos -enarbolando la bandera del indio sojuzgado¹- batallaron contra el conquistador español, las milicias, que habían participado en aquellas quedan sin un enemigo común, “conforman un nuevo sujeto histórico, las masas campesinas, que bajo la conducción de sus caudillos, habían despertado un ‘americanismo’ con el cual expresaban sus propias demandas sociales” (ROIG,287). Durante varias décadas, se multiplican las confrontaciones entre unitarios y federales, entre Buenos Aires y los caudillos del interior, y entre éstos últimos.

La producción discursiva de los que -ocurrido el predominio del caudillo de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas- debieron marchar por razones ideológicas al exilio, los hombres del ‘37 y más concretamente un texto aparecido en 1845 en Chile, *Civilización o Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, más conocido como el Facundo (SARMIENTO,1971), ponen en escena un primer esbozo de las batallas que les eran contemporáneas.

El *Facundo*, libro hecho “con propósito de acción inmediata y militante”², en el fragor de las luchas, aquellas de las que el mismo Sarmiento era uno de los protagonistas, tiene como objetivo producir una verdad, la del bando de los proscriptos expatriados. Se dibujan en él ya, sin ambages, los bandos en pugna: los hombres civilizados y educados como Rivadavia o “militares a la europea” (SARMIENTO,1971:198) como el general Paz, por un lado; y los bárbaros: los caudillos, los gauchos, los indios, por otro. Éste último no es caracterizado rouseauianamente como el “buen salvaje”, hombre de naturaleza y opuesto al bárbaro que es hombre de historia por los motivos que explicamos a continuación. Todos son bárbaros, Atilas cuya práctica diaria es el saqueo, la rapiña, que entran incendiando, y destruyendo la civilización. Y es por esta práctica de adueñarse, de apropiarse de lo ajeno que “no hay bárbaro sin una historia anterior, que es la de la civilización que incendiará” (FOUCAULT,1996:160) y que se dará como tarea destruir.

En Facundo ambos grupos se traban en serios combates: “Algunos días después, setecientos coraceros, mandados por oficiales generales, salían por la calle del Perú, con rumbo a la Pampa, a encontrar algunos millares de gauchos, indios amigos y alguna fuerza regular, acaudillados por Dorrego y Rosas” (SARMIENTO,1971:192)

El sujeto que habla se incorpora incuestionablemente al bando de los hombres cultos y civilizados y despliega su saber libresco a cada momento. Sorprende grandemente el empleo la vasta cultura universal y -sobre todo- su modo de utilizar la escritura de la historia reciente de su patria como un arma en contra de sus antagonistas, a la manera del uso que hacían de la historia los franceses del siglo XVIII, que se valían de sus textos para descolocar a sus adversarios. La apropiación letrada de la cultura universal se hace evidente en las comparaciones, el bárbaro argentino es similar a los beduinos, a los tártaros (SARMIENTO,1971:114), los gauchos tienen las mismas costumbres que los árabes y está, fundamentalmente, presente en los epígrafes a cada capítulo, tomados de libros escritos en francés. Pero más allá de estas cuestiones puntuales, el modo de caracterizar al indio, al gaucho y al

1. Pensemos en el Himno Nacional Argentino en la estrofa en que se menciona una “resurrección” de los incas.

2. Carta de Sarmiento a Valentín Alsina (SARMIENTO,1971: 64)

caudillo y de colocarlos, como estrategia política, en el polo de la barbarie, sirve para conectar intertextualmente la construcción de estos actores con las hordas bárbaras descritas - para usos políticos diversos- en la historiografía francesa del siglo XVIII.

El texto se acerca a esta historiografía, pues alberga un símil del “discurso de lucha contra el rey” (FOUCAULT, 1996:55) ya que construye una biografía muy sesgada de Facundo, pero su intencionalidad es usarlo como un arma de combate, como una piedra tirada desde la cordillera en la cabeza del “tirano” Rosas. Además “divide de modo binario” a la sociedad y la presenta en el fragor de una guerra que podríamos denominar “guerra de razas” pues habla de “diferencias de fuerza, vigor, energía, violencia, (...) ferocidad y barbarie” sobre la base de disparidades étnicas y lingüísticas. (FOUCAULT, 1996:55)

La teoría de la guerra de las razas, según Foucault, aparece durante la revolución francesa y a comienzos del siglo XIX, con Agustín y Amedée Thierry (en el Facundo se menciona al historiador Jacobo Thierry), en lo que Foucault, llama la transcripción biológica operada antes de Darwin (1996:55) y que tomará su discurso (todos sus elementos, sus conceptos, su vocabulario) de una anátomo-fisiología. Es una transcripción biológica de la teoría de la lucha permanente. Hay una segunda transcripción -la que tendrá lugar a partir del gran tema de la guerra social- que se desarrollará desde el siglo XIX y que tenderá a cancelar todas las huellas del conflicto de razas para definirse como lucha de clases (FOUCAULT, 1996:56), aunque Sarmiento use “guerra social” para referirse a la guerra de razas. Volveremos sobre eso.

La separación entre una raza superior y una sub-raza (Ibídem) sirven en Europa tanto al discurso de la formación de las naciones normalizadas y homogéneas (o tentativamente homogéneas), como a los procesos de colonización que se basaron también en la superioridad racial. Veamos cómo se dio el primer aspecto en el cono sur, durante la segunda mitad del siglo XIX.

El discurso de la lucha de razas constituyó un instrumento de lucha para campos descentrados. En el caso argentino, el discurso de los expatriados (descentrado durante el gobierno de Rosas, hasta mediados del citado siglo) será recentrado y se convertirá en el discurso del poder, de un poder centralizado y centralizador. Y esto ocurre cuando después de la batalla de Caseros y de la caída de Rosas en 1852, Sarmiento y los demás exiliados se autopropone como la raza verdadera y única (la que detenta el poder y es titular de la norma) y sitúan en las antípodas a aquellos que constituyen un peligro para el patrimonio biológico, segregándolos. Entonces, si en las primeras décadas del siglo, habían aparecido los discursos biológico-racistas sobre la degeneración³; en la segunda mitad del mismo y exiliado Rosas, los proscriptos toman el poder y ponen en marcha todas las instituciones que, dentro del cuerpo social, harán funcionar el discurso de la lucha de razas como un principio de segregación que sirve para normalizar la sociedad.

El ejército, organizado a la europea, hará frente a los últimos caudillos como Felipe Varela y a los gauchos. La campaña contra Ángel “el Chacho” Peñaloza, por ejemplo, fue llevada a cabo en 1863 por Sarmiento, quien había pronunciado después de Pavón (1861) una frase terrible en contra de las personas resueltas a defender sus formas tradicionales de vida contra el avasallador desarrollo del capitalismo que venía junto con los ejércitos de Mitre. Le dijo en una carta: “No trate de economizar sangre de gauchos. Éste es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos” (KATRA, 2000: 287)

3. El discurso de la inferioridad del indio, y de la crueldad del español en el arco que va desde Las Casas a Paw, (GERBI, 1960) pasan a Sarmiento y los hombres de la generación de 1837 que presentan en sus textos a los indios y a los caudillos, restauradores de las leyes del antiguo régimen, con caracteres y costumbres bestiales.

Dos décadas más tarde, este ejército, en empresas genocidas, va a acabar prácticamente con los indios. Durante todo el siglo XIX, los hombres de las ciudades debieron padecer la incursión frecuente de los malones indios que se dedicaron -como buenos bárbaros, diría Sarmiento- al pillaje, a la rapiña y al saqueo; a fines de ese siglo, los sectores dominantes dieron una solución radical y las zonas aún habitadas por aborígenes fueron “pacificadas” en gestas que se caracterizaron (fundamentalmente la de la Patagonia, llamada “Conquista del Desierto” de 1879 y la del Gran Chaco de 1884) por su semejanza no con la Conquista Española, sino con la Conquista del Oeste norteamericano pues fueron verdaderos genocidios.

Mediante el exterminio de caudillos y gauchos y mediante la apropiación de vastos territorios indígenas a los circuitos económicos, un grupo se consolidaba en el poder. En este momento, la guerra ya no era una pelea de dos bandos en pugna, sino que se había vuelto estatal y había sido enviada a las fronteras, que en este caso no son fronteras con otros estados sino con otros grupos y etnias, fronteras interiores donde culturas diferentes se encontraban en contacto. Foucault parece hablar de ese momento:

“Se asiste entonces a la aparición paradójica (...) de un racismo de Estado; un racismo que una sociedad ejercerá contra sí misma, contra sus propios elementos, (...); de un racismo interno -el de la purificación permanente- que será una de las dimensiones fundamentales de la normalización social.” (1996:57)

Otra institución que se afianza por esos años es la escuela. Se produjo un crecimiento inusitado de la escolarización que llegó hasta los rincones más alejados. Durante el gobierno de Sarmiento (1868-1874) se promulgó la Ley Nacional de Subvenciones destinada a construcciones de edificios escolares (funcionaron 1.800 escuelas primarias a las que asistían 30.000 niños), compra de libros y pago a docentes. Se crearon las escuelas normales en las capitales de todas las provincias. Expedían el título de Maestro Normal Nacional. Se contrataron maestros extranjeros como formadores. Este impulso culminó en la Ley Avellaneda de educación del año 1884 (RAMA, 1978). La enseñanza era obligatoria, gratuita y laica.

Se institucionalizó también la inmigración. En 1853, la población argentina no alcanzaba el 1.000.000 de habitantes, de los cuales 3.000 eran extranjeros. Cuando en 1869 se sancionó la Ley de Ciudadanía que les extiende ese derecho, alcanzaron la suma 70.000. En 1910, Argentina llegó a tener 7.000.000 de personas, de las cuales, la mitad eran inmigrantes. La política migratoria fue llevada a cabo en el afán de “poblar” el país, siguiendo el lema “gobernar es poblar” (Alberdi) cuyo marcado racismo se muestra en la sugerencia implícita de sustituir las razas nativas o no y sus mezclas (los mulatos, los zambos, los mestizos) existentes en el país, biológicamente inferiores, por inmigrantes educados provenientes del norte de Europa.

La aparición de estas instituciones y estas leyes puede confundirnos y llevarnos a pensar que la guerra ha terminado y ha llegado la paz. Sin embargo:

“la ley no es pacificación, porque detrás de la ley la guerra continua enfureciendo y de hecho enfurece dentro de todos los mecanismos de poder, hasta de los más regulares. La guerra es la que constituye el motor de las instituciones y del orden: la paz, hasta en sus mecanismos más ínfimos, hace sordamente la guerra” (FOUCAULT, 1996:47)

Los combates se plantearon por ese entonces sobre todo en el nivel discursivo, en lo que se ha llamado la historia oficial, especie de “institucionalización” de la historiografía utilizada -como ocurre siempre en estas circunstancias- con fines políticos, que apareció cuando la guerra fue simultáneamente estatizada y enviada a la frontera. “El discurso

histórico” de esos años, como la historiografía francesa del siglo XVIII estudiada por Foucault, “ha permanecido (...) emparentado con los rituales del poder (...) y debió producir una justificación y un reforzamiento del mismo” (1996:59). Son conocidos los textos que Vicente Fidel López escribió sobre la etapa de la Independencia y de Bartolomé Mitre que realizó las biografías de Belgrano y San Martín. Fueron intentos genealógicos de hacer entroncar la conducción de ese momento con la de aquellos patriotas. Relatar “las gestas de los héroes fundadores de los imperios o de las dinastías” era necesario para “que la grandeza de los acontecimientos y de los hombres del pasado pudiese legitimar el valor del presente, transformar su irrelevancia y su cotidianidad en algo igualmente heroico y justo” (FOUCAULT,1996:60).

Dice Sarmiento:

Iba la narración de los acontecimientos históricos que se ligan a la vida del general Belgrano por donde la dejó el lector en la página 429 de este volumen ⁴, cuando el autor recibió, con las charreteras de general, la orden de acudir, abandonando la pluma del historiador, a contener con la espada del soldado, el desquicio de la República, que puso fin al noble papel de Belgrano en la guerra de la Independencia, con el alzamiento de los caudillos provinciales, que desconociendo todo vínculo nacional y encerrando su política y sus ambiciones en los estrechos límites de la comarca que acertaban a dominar, paralizaron por tantos años la acción colectiva de las Provincias Unidas, en la gloriosa lucha de la Independencia. (SARMIENTO,1950:7)

Al plantear estas conexiones del pasado guerrero con el presente, “el discurso histórico-político” se acaba definiendo como “el discurso sobre la guerra entendida como relación social permanente y al mismo tiempo como sustrato insuprimible de todas las relaciones y de todas las instituciones de poder” (FOUCAULT,1996:46).

“Se trata de una racionalidad cada vez más (...) ligada con la fragilidad y con la ilusión, con la astucia y con la malicia de aquellos que, habiendo obtenido provisionalmente la victoria -y en tanto favorecidos en la relación de dominación- tienen todo el interés de no volver a ponerla en juego.” (FOUCAULT,1996:51)

II

A partir de la década de 1890, la elite se divide en dos flancos, el liberal, reacio a dejar de lado los privilegios jerárquicos que le daba la división de la sociedad en dos razas, una de las cuales era evaluada positiva y otra negativamente (super y sub-raza, respectivamente) y el nacionalista que comienza a generar un paradigma basado en la conciliación de opuestos, el mestizaje, a través del cual realiza la reivindicación de algunos de los sujetos colocados en el polo de las sombras, el caudillo y el gaucho, y que es utilizado finalmente como una estrategia de conservación del poder. La problemática racista, que este discurso disimula pues se limpia discursivamente a esos sujetos de las huellas de la barbarie como veremos en seguida, no aparecerá ya como instrumento de un grupo social contra otro, ni siquiera como un discurso estatal, sino que “servirá a la estrategia global de los conservadurismos” (FOUCAULT,1996:57). Dice Foucault:

En realidad el discurso racista no fue otra cosa que la inversión, hacia fines del siglo XIX, del discurso de la guerra de las razas, o un retomar de este secular discurso en términos sociobiológicos, esencialmente con fines de conservadurismo social y, al menos en algunos casos, de dominación colonial.” (1996:59)

4. Sarmiento se refiere a la última página de la edición de la Historia de Belgrano de 1859.

Diana Sorensen, refiriéndose a maniobras de este tipo, dice: “Una cultura dominante puede acomodar y manipular formas contraculturales de modo de ampliar su alcance y conservar su autoridad” (2000:181) Se trata de los “desplazamientos tácticos, las modificaciones, las invenciones y las inversiones de las relaciones de fuerza” de las que habla Michael Foucault (1996:156).

Ya entre 1870 y 1880, la literatura había comenzado a cuestionar la verdad construida por los hombres de 1837 (que se encontraban por entonces en el poder) y a mostrar las penurias de los postergados: el caudillo, el gaucho, el aborigen, y la precariedad de los esquemas dicotómicos. Aparecen autores como Lucio V. Mansilla, cuyo parentesco con Rosas y cuyas expediciones a tierras de indios le permitieron mirar, ya en 1870, las cosas desde otro lado en *Una excursión a los indios ranqueles* (1997); como José Hernández que se animó a enfrentar a Sarmiento en una encendida defensa de Ángel Peñaloza (1863) y que poco tiempo después (1872 y 1879) describió las penurias del gaucho en *Martín Fierro* (1975).

Este proceso siguió. A partir de 1890, comienza a gestarse un sentimiento xenófobo. Se terminan los viajes subsidiados y se producen las primeras expulsiones de inmigrantes causadas por ineptitud o por participación en movimientos sindicales. Los extranjeros son colocados, en este momento, por su modo de deformar el español al hablar, en la casilla de la barbarie (SORENSEN, 2000:183,184). Aludimos al uso del cocoliche ⁵.

En los primeros años del siglo XX, las primeras expresiones del revisionismo histórico reexaminan la historia oficial, la escrita por el General Mitre y algunos sujetos que, en los textos del siglo XIX aparecían en el polo de la barbarie, comienzan a ser elevados a la categoría de mestizos culturales: los caudillos son reivindicados. Domingo Ighina, por dar un ejemplo de este primer revisionismo, se refiere a David Peña y dice:

“Este (...) autor, cuyo texto se compone de una serie de conferencias dictadas en 1903 en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., centrará su tarea revisionista de la historia nacional, en la recuperación de la figura de Facundo Quiroga, como encarnación y sentido del proyecto político federal.”(1998).

Este revisionismo, según Ighina, abarca las tres primeras décadas del nuevo siglo y, en las antípodas del que surge hacia 1945, al revalorizar a los caudillos sin bajar de su pedestal a los que los habían menospreciado como el General Mitre, legitima el predominio conservador (IGHINA,1998:68). Se trata de un revisionismo elitista que incorpora a los caudillos como héroes del panteón de las glorias de la Patria y amplía, desde el esquema conciliador de opuestos, el radio de dominio del sector que anteriormente los había vilipendiado. Este tipo de historiografía encumbra a los caudillos, los considera hombres de prosapia formados algunas veces en escuelas para militares, como ocurre con Güemes (ver infra). En otras palabras, los despoja de cualquier atisbo de barbarie.

Durante la segunda década del siglo XX, o sea durante la actuación de la llamada generación de Centenario ⁶, se produce la reivindicación del gaucho. Esta generación evoca el pasado, recupera el campo, el caballo, la llanura, mientras se fortalecen las instituciones mencionadas anteriormente gracias al contexto económico propicio dado por el comienzo de las exportaciones de carne congelada (SORENSEN,2000:191) En 1910, las elites dominantes ratifican el prestigio de la Nación con odas (DARÍO,1969:122; LUGONES,1979:347) y con la canibalización del discurso de la resistencia que en nuestro país estuvo representado

5. Es el término genérico que se utilizó a partir de 1884 para referirse al castellano hablado por italianos. El término parte del personaje Francisque Cocoliche anexo por un actor a la pantomima basada en el Juan Moreira (GUTIÉRREZ,1980) enriquecida ya para ese entonces con diálogos.

6. En el año 1910 se celebraba el centenario de la Revolución de Mayo ocurrida en 1810.

durante el siglo XIX por la gauchesca y con este gesto construyen la gran síntesis sobre el abismo de las diferencias.

En efecto, ésa es la década en la que la crítica literaria argentina coloca como eje a los poetas gauchescos. Un ciclo de conferencias que da Leopoldo Lugones en 1913 sobre Martín Fierro coloca a su héroe en el lugar central. En ese lugar axial lo ubica también Ricardo Rojas quien recopila y arma una tradición con la que pudiéramos sentirnos identificados todos los argentinos. Se emparenta al poema cúspide de esta literatura, el Martín Fierro, con las epopeyas, conjunción a través de la cual se quita del gaucho toda huella de barbarie y se lo eleva a la categoría de héroe cultural, conciliador de los opuestos y figura central del nuevo paradigma homogeneizador. A través de este acto fundador de una sutura, llega al centro un discurso que había sido marginal durante el siglo XIX, ya que se había encontrado en discrepancia estética con las líneas por entonces hegemónicas: las que imitaban los modelos franceses. Su protagonista adquiere la categoría de emblema borrador de las diferencias a través del cual, más allá de todas las discrepancias, los argentinos pudiéramos hermanarnos.

III

Los paradigmas en que se concretó el discurso de la guerra de las razas, la dicotomía civilización-barbarie y el mestizaje, el racismo encubierto, se difundieron por el país gracias a la alianza de los escritores provincianos radicados en Buenos Aires (Rojas, Lugones, Gálvez) y los que residían en la provincia y llegaron a Salta en las primeras décadas del siglo XX. Convenía su difusión ya que Salta, como toda zona de fronteras exteriores e interiores, era un lugar estratégico de avance y defensa de la Nación. Desde las instituciones mencionadas anteriormente se enviaron misiones, se fueron trabando amistades, y comenzó un proyecto conjunto de escritura en el que se embarcaron historiadores y escritores del NOA y de la región rioplatense.

Así, en total paralelismo con la tarea realizada por los revisionistas de la historia oficial, el historiador Bernardo Frías y el escritor Juan Carlos Dávalos, ambos salteños de prosapia, rescatan a Martín Miguel de Güemes, caudillo provincial de Salta, en una escritura historiográfica y en un teatro de corte histórico que vuelve a conformar el panteón de los héroes de la Nación. En efecto, Frías publica en 1902 el primer tomo de la *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta* (1971). Por otro lado, La tierra en Armas de Dávalos, que se hace eco de la rehabilitación de Güemes hecha por Frías y la acrecienta, fue representada por varias compañías teatrales en Buenos Aires y en Salta desde 1926 hasta 1928 hasta que finalmente se la edita en libro en 1935 (1997). El texto tiene también como protagonista a Güemes, caudillo “gaucho” que había sufrido la misma exoneración que los otros caudillos durante el siglo anterior. Dibuja al héroe con el molde del mestizo ideal y lo pone en dos frentes de batalla simultáneos, en los que lo acompaña el triunfo. A la guerra contra el godó viene a sumársele la que entabla contra el indígena⁷. Aunque ambos antagonistas son desprestigiados, al indio le corresponde una devaluación mucho mayor, de manera que se podría decir que el texto tiene el punto de vista antiindigenista de los textos rioplatenses del siglo XIX. Hacia el final, en las secuencias que se centran en los malones que invaden los fortines, una ahijadita de Güemes es raptada, con lo que se inscribe en el

7. Efectivamente, en la época de Güemes era frecuente que los gobernantes tuvieran que lidiar con los indios, pero era muy distinta -en la época de la independencia- la concepción que se tenía de ellos. El gobernador Puch, contemporáneo suyo, dijo: “siendo los indios hombres y argentinos, toda violencia cometida en contra de ellos será castigada” (Academia Argentina de la Historia, 1967). El indio era aún estandarte de la guerra contra España. La guerra de razas aún no había dejado su huella.

texto la figura de la cautiva, frecuente en esos textos (HERNÁNDEZ, 1971). Pero en el texto de Dávalos, esta cautiva, cuyo nombre es Argentina, es liberada de sus captores y viene a metaforizar la anécdota principal que narra el proceso de la liberación de esta tierra de manos de los realistas.

Sin embargo, a pesar de que el indio es vilipendiado como una raza inferior, se disimula el racismo cuando se hace aparecer como importante la donación de su sangre para la conformación del mestizo ideal, que aparece discursivizado cuando hablando de sí mismo y de los criollos, Güemes expresa:

Razón de raza! Yo también por ella
No mezquiné la vida, cuando al lado
De Liniers, tomé parte en la defensa
De Buenos Aires, donde el pueblo criollo
Sintió al chocar con tropas de Inglaterra,
Que le brotaban garras y tenía
Sangre caliente en las robustas venas.
Vieja sangre cansada, de leones,
Que al remozarse en las indianas hembras
Con vigor inmortal echa a la vida
Las almas libres de una raza nueva. (2000:406)

Juan Carlos Dávalos, figura epigonal de la generación del Centenario, no sólo recupera al caudillo, sino que también consolida y magnifica el tipo humano que se había constituido en emblema a partir de la tarea de esa generación, el gaucho, y lo hace en 1922 con “El viento blanco” (1977) construyendo un gaucho paradigma de virtudes, antes de que Ricardo Güiraldes, escritor porteño amigo suyo, lo hiciera en 1926 con Don Segundo Sombra (1966). En la comparación de los dos textos va a hacerse evidente el matiz diferencial que “El viento blanco” tiene con respecto a los textos rioplatenses. Narra -como Don Segundo Sombra- un arreo de ganado. Sólo que, en este caso, la tropa es guiada hacia una de las fronteras de la Nación, hacia Chile, lugar al que no arriban porque el desenlace fatal ocurre antes: los toros y un peón perecen bajo el «sudario» que deja el viento cargado de nieve. Antenor Sánchez, su protagonista, es un gaucho lleno de virtudes:

Antenor Sánchez hacíase querer de sus peones porque, siendo **superior** a ellos, los trataba de igual a igual, con afecto de amigo. Lo respetaban porque era **más hombre** que todos ellos, y lo admiraban porque era capaz de **acciones bellas y generosas**. Toda su persona respiraba **franqueza**; sus grandes ojos negros respiraban **perspicacia y lealtad**. Era **hidalgo** de raza y **gaucho** por educación y por temperamento. Sin perder las cualidades de su casta, habíase asimilado todas las aptitudes físicas y espirituales del nativo. Y era **sobrio** como un indio, **aguerrido** como un indio, **conocedor** como un indio de las cosas del campo. (1977:16)

La descripción de Antenor, al dibujar un héroe-paradigma de virtudes, aún en un solo actor los valores de su raza, la hispana, y los del indio. Esto lo coloca en una situación de absoluta superioridad moral que implica también predominio sobre los otros personajes. De esta manera, el texto da vuelta el sentido de la gauchesca en la que los protagonistas fueron gauchos bárbaros, desertores y cuchilleros, perseguidos normalmente por la justicia y se coloca en el cambio de signo que el nuevo paradigma realizaba por aquellos tiempos. Este gesto, que no hace más que llevar al campo de la literatura la revalorización del gaucho y su entronización como héroe cultural conciliador de opuestos, realizada en el nivel de la

crítica literaria por la generación del Centenario, construye suturas que, al encubrir el racismo, permiten a una clase conservar el poder.

La novela de Güiraldes, publicada en 1926, se coloca en una línea similar al construir un gaucho cuyas prendas son las virtudes:

Él fue quien me guió **pacientemente** hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los **saberes** del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de domar un caballo (...) También por él supe de la vida, la **resistencia** y la **entereza** en la lucha, el fatalismo de aceptar sin rezongos lo sucedido, la **fuerza moral** ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la **prudencia** entre los forasteros, la fe en los amigos (1966:63)

En esta descripción no hay nada parecido a la ‘indianización’ dada por la repetición del sintagma “como un indio” que aparece en el retrato de Antenor Sánchez y que matiza la construcción de este actor convirtiéndolo en un mestizo cultural que incorpora a su distinción la sabiduría del indio. La revalorización del indio, implícita en esa reiteración, se escapa al proyecto consciente de Dávalos quien sólo quiso enaltecer al gaucho.

Sin embargo, ser ‘como un indio’ no es ser un indio. Ante la consumación de los hechos, el desenlace fatídico que mencionábamos, el narrador omnisciente que ha conectado también al lector con lo que ocurre en la mente de los protagonistas, dice:

Sánchez conocía quizá **mejor que el indio** la cordillera. Habíala cruzado muchas veces, incluso en invierno, pero a decir verdad, con su **optimismo de hombre blanco**, nunca la había creído tan brava. Ahora reconocía, aunque tarde, la impecable hostilidad de aquella naturaleza con quien él se había familiarizado hasta perder todo recelo. (1977:22)

El sintagma “quizá mejor que el indio” unido a “pero (...) con su optimismo de hombre blanco”, marca la disyunción entre ambas etnias y aparece -en el reconocimiento de su propia necesidad ante los hechos consumados que se formula Antenor Sánchez- un atisbo de superación del antiindigenismo y veamos porqué. El desenlace funesto -equivalente al de otros textos hispanoamericanos de esa época donde la naturaleza aparece con la misma ferocidad, la novela de la tierra- no hubiera sobrevenido si Antenor hubiese escuchado a Anastasio Cruz, el indio que lo ayudaba en el arreo:

-¿No le parece mejor que se volvamos? Hay tiempo! Catua está cerca...

El indio tenía malos presentimientos, porque la noche anterior, al salir de Catua, un zorro se le cruzó por delante, de derecha a izquierda.

-Yo tengo contrato y no me vuelvo -contestó Antenor...

Anastasio bajó la cabeza resignado. Picó la mula y fue a ocupar su puesto junto a la tropa. (1977:20)

El indio -a través de un conocimiento más sutil de la naturaleza pues es capaz de percibir sus signos nefastos- podría haber evitado el infausto desenlace, cosa que no ocurre porque el patrón, hombre blanco consustanciado con la honra española y los valores burgueses de la modernidad capitalista europea, desprecia su presentimiento (ni siquiera lo recuerda ante los hechos consumados) y prefiere seguir la marcha para cumplir con la obligación contractual. El texto borra lo que había insinuado (la superación del antiindigenismo) pues el

indio es colocado fuertemente en el polo de la subordinación y se ve absolutamente imposibilitado de transformar el hacer del otro y de cambiar el curso de los sucesos. Pero más allá de esa fallida superación del antiindigenismo, algo inquietante hubo en el uso de un paradigma estético no rioplatenses como la novela de la tierra, al que se sucederían en textos de escritores posteriores, el uso de los modelos indianista e indigenista en los que -poco a poco- van desplazando de la escena de la escritura los paradigmas rioplatenses y con ellos la guerra de razas y el racismo que es reemplazado, durante algún tiempo, por la lucha de clases.

En 1932, aparece *En tierras de Magú Pelá*, de Federico Gauffin (1994), un escritor excéntrico a los grupos de poder que vivió en el chaco salteño. La novela narra la expedición colonizadora de unos gauchos a tierras de indios chaqueños y filtra aspectos de la cultura y fragmentos de la lengua aborígenes. Su advenimiento significa una empresa en contra del mestizaje, ya que rehabilita -a su manera⁸- al indio, único representante del polo de la barbarie, que no había sido reivindicado todavía más que por la donación de su sangre al mestizo. Además, el texto, se vincula con las 'literaturas de fronteras' como *Una excursión a los indios ranqueles*, ya mencionada, que acompañaron la construcción de la Nación y que permitieron vislumbrarla desde 'otro lado', al desestabilizar, como ellas, el paradigma civilización-barbarie.

Esta es una "novela de la tierra" en la que la naturaleza inclemente está a punto de aniquilar -en varios momentos- a los protagonistas. Sin embargo lo importante, en lo que hace al hilo argumental de nuestro trabajo, es la incorporación estética del indio a la manera de la novela indianista decimonónica, heredera del discurso rouseauniano del salvaje noble.

En efecto, Magú Pelá es prototipo del indio bueno, aquel que no ejerce ningún tipo de violencia. Al contrario, como todo "buen salvaje" es protagonista de una especie de "contrato social", a través del cual facilita la instalación de los hermanos blancos en las tierras de los indios. En oposición al bárbaro que "nunca cede su libertad, el salvaje cede para garantizar su vida, su seguridad, sus bienes." (FOUCAULT,1996:18)⁹. Su figura está tan idealizada como la de los chorotes que son descriptos inversamente, en su crueldad y alevosía. Se trata de una idealización todavía romántica del mundo indígena que, en su polarizar el mundo, dibuja indios buenos y nobles y otros perversos y sanguinarios como ocurre en *Cumandá* (1879) de Juan León Mera (1967). Además del cambio que supone la incorporación del noble salvaje, como en casi todo lo que es literatura de fronteras, la voz y la lengua del indio son revalorizadas al ocupar un lugar en la escritura y el texto colabora en la desestabilización de los proyectos institucionales normalizadores implementados desde la caída de Rosas, con lo que se reafirmaría lo dicho por Fernández Bravo para la literatura de fronteras: "estos textos pueden ser leídos como fronteras de inclusión, espacios por los que se filtran otras voces que reformulan la representación de la cultura nacional" (1999:18).

Hay finalmente en la novela un punto de contacto con otro paradigma proveniente de la región andina. En efecto, se incorpora un relato que narra una masacre que sufriera el pueblo matakó unos años antes de la expedición colonizadora de los gauchos con el que la denuncia ingresa al texto y éste se acerca al indigenismo que va a operar en los países andinos la transformación de la guerra permanente, al sustituir la guerra de razas por la luchas de clases.

Si lo que la crítica literaria ha denominado textos indigenistas, fueran textos indígenas, estaríamos en presencia de una nueva instancia de la guerra de razas, ya que la raza

8. En efecto, el indio aquí no es el bárbaro que destruye y saquea, sino el "buen salvaje", como veremos enseguida.

9. Dice Michel Foucault y parece estar hablando de la escritura que nos ocupa: "Recurrir a los salvajes, apelar al contrario, significaba escapar a todo ese paisaje definido a través del bárbaro (...) y sus relaciones con la civilización" (Foucault,1996:172)

vencida, a través de sus escritos, estaría haciendo inteligible lo que Foucault ha planteado como “el conflicto inicial (batalla, guerra, conquista, invasión), el núcleo bélico a partir del cual podían derivar las otras batallas, las otras luchas, todos los enfrentamientos” (FOUCAULT, 1996: 156) que en el caso de América Latina fue la sujeción del indio en la época de la Conquista y en Argentina lo constituyeron -además- los genocidios del “desierto” y del chaco ya mencionados. Se trataría entonces de una reconstrucción, hecha desde el lado del sojuzgado, de “una gran genealogía de las luchas, reconstruida a lo largo de varios combates atestiguados por la historia, donde -para unir el hilo estratégico de todas las batallas- se debía encontrar la lucha fundamental” (Ibídem). Pero no es para nada así, no es el indio el que construye su propio discurso en los textos indigenistas. No se trata de una nueva etapa de la guerra de razas, ésta sigue solapada detrás de otras batallas, en este caso se oculta tras la lucha de clases, que constituyó la metamorfosis de la guerra de razas en el siglo XIX francés según Foucault.

En efecto, Cornejo Polar, que se ha centrado en la novela indigenista peruana muestra, desde sus primeros trabajos sobre el tema muy marcados por la teoría de la dependencia, la heterogeneidad de códigos culturales, géneros literarios y lengua (entre otras variables consideradas) propios del narrador y del mundo narrado. Dice que esta novela está escrita bajo las convenciones específicas propias de un género urbano, en español y no en aymara ni en quechua, que “pone en juego condicionamientos de una sociedad urbana, definida por el subdesarrollo y la dependencia de su estructura capitalista, y se realiza como actividad de las clases medias” y no muestra “las determinaciones de una sociedad rural que hasta hace muy poco repetía categorías feudales o semif feudales, y se configura como una tenaz y sangrienta lucha entre terratenientes y campesinos”. En el mismo estudio dice: “El indigenismo supone (...) una trabada lucha de relaciones clasistas que implican algunos desplazamientos ideológicos y ciertas funciones sociales asumidas vicariamente.” (CORNEJO POLAR, 1966: X y XI) Todo esto hace suponer que las búsquedas reivindicativas del indigenismo funcionaron como una metonimia de las demandas de ese sujeto social emergente que fueron las capas medias urbanas en ascenso en el período de modernización de las ciudades latinoamericanas, que usaron al indígena arrasado por los gamonales como un emblema en una lucha que no lo beneficiaría directamente, por lo que no se está proponiendo de ninguna manera un nuevo capítulo de la guerra de razas. Cornejo Polar cuestiona todavía en los noventa la eficacia de la denuncia de esta corriente, al seguir adhiriendo a la idea vertida por Ángel Rama de que el indigenismo artístico es sólo una bandera de lucha de los escritores pertenecientes a los sectores medios en la búsqueda de la hegemonía (CORNEJO POLAR, 1994: 206). Los análisis textuales sirven a Cornejo para decir que las obras indigenistas estuvieron lejos de promover la reivindicación del indio real. En todos los casos, el indígena, como el indio en la época de la independencia, fue tomado como estandarte de una lucha que no le pertenecía y que a la larga no lo benefició.

En Salta ocurre otro tanto, los escritores de los sectores medios (Manuel J. Castilla y Francisco Zamora, entre otros) van ascendiendo hacia un lugar hegemónico dentro del *campo literario* y para hacerlo toman como estandarte al indígena. Sin embargo, con el abandono palpable de los paradigmas rioplatenses basados en la dupla civilización-barbarie o en su síntesis mestiza, se escenifica la lucha entre gamonales e indios y se produce una cierta visibilización de lo indígena. Aquí los dualismos son de otro orden. Se trata de la dicotomía explotador-explotado, polos de la lucha de clases. A modo de ejemplo, leamos un texto de Manuel Castilla en el que el sujeto enunciativo se dirige al indio y le pide “No vayas al ingenio”:

Que mientras tú trabajas
y el cacique te manda,
él se queda sentado
de **botas y bombacha**.
Que al final de la zafra
al peso que te guardan
de los dos que por día
con el machete ganas,
te lo dará el Ingenio
en un par de **alpargatas**,
un chaleco, una manta,
alguna yegua flaca,
cinco kilos de azúcar
para endulzar la marcha
de regreso a tu monte
porque ya no haces falta. (CASTILLA, 1984: 87 y 88)

La oposición botas/alpargatas es muy sugestiva y conlleva al nivel del indumento la fuerte oposición de clases que existe entre el capataz y el aborigen: aquél parece vestirse a la manera gaucha como muchos patrones de fincas en Salta, éste como peón. Cerremos esta pequeña incursión por el indigenismo salteño reforzando la idea de que la aparición en la escena de la escritura de los conflictos de los campesinos y sus patrones es una metonimia de las luchas de las clases en la ciudad:

Ángel Rama propone entender el movimiento indigenista en términos sociales como resultado del ascenso de grupos minoritarios de la clase media baja que emplea las reivindicaciones indígenas como refuerzo y legitimación de sus propias demandas contra el sistema social.” (CORNEJO POLAR, 1980:14)

La guerra primordial continúa subyacente y los sujetos olvidados y sumergidos son resucitados siempre para servir de estandarte a otro sector. Así como caudillos y gauchos fueron desempolvados para conservar el poder en manos de los sectores que los habían menospreciado, los indios fueron apareciendo en la escena de la escritura del NOA para servir a los sectores medios en ascenso. Dice Michel Foucault, refiriéndose a una situación análoga:

De hecho aquí no se trata tanto de ideología, sino de una táctica discursiva, de un dispositivo de saber-poder que, justamente como táctica, puede ser transferible y se convierte así en la ley de formación de un saber y al mismo tiempo en la forma común del combate político. (1996:155)

Ahora bien, ¿en qué consiste esta táctica, este dispositivo transferible de saber-poder? Los puntos de contacto entre la dicotomía civilización-barbarie y la polaridad explotador-explotado son evidentes: se trata de clasificaciones. Foucault dice que:

tienen siempre como fin determinar el “carácter” que agrupa a los individuos y las especies en unidades más generales, que distingue a esas unidades unas de otras y que, por último, les permite ajustarse de tal manera que formen un cuadro en el que todos los individuos y todos los grupos, conocidos o desconocidos, puedan encontrar su lugar (1991:222)

Formar un cuadro es crear casillas que permitan que todo sea clasificado y jerarquizado. Un ejemplo clarísimo de esto son los recorridos por las competencias del cantor, del rastreador, del gaucho malo que se hace en *Facundo*, que son reconocidas como saberes inferiores incompatibles con la instrucción libresco de los exiliados. Esta discriminatoria clasificación de los conocimientos hace posible la colocación de los sujetos que los poseen ya en la casilla de la barbarie, ya en la de la civilización.

Esta jerarquización decimonónica es invertida por la última promoción de escritores salteños que procura recuperar los saberes desvalorizados y, en una tarea similar a la genealogía propuesta por Foucault, intenta “el acoplamiento de los conocimientos eruditos” (propios de escritores y letrados) “y de las memorias locales” (FOUCAULT,1996:18). “Se trata de hacer entrar en juego saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretendía filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero (FOUCAULT,1996:19)

Las novelas escritas a partir de estas tendencias (APARICIO, 1988; VERGARA,1998) tienen varios narradores y disímiles puntos de vista, lo cual ya es una diferencia con la mirada única de los textos regionalistas e indigenistas. Por otro lado, construyen personajes inclasificables. Vamos a centrarnos por cuestiones de espacio sólo en la novela de Santos Vergara, *Las vueltas del perro*, en la cual el niño protagonista narra en primera persona y describe a otro personaje declarando su incapacidad para colocarlo en una casilla, en una clasificación:

Lo imaginé viejo y mentiroso al ‘chaqueño’ Lemos, hasta que un día las circunstancias nos pusieron frente a frente y supe entonces que su personalidad escapaba a cualquier clasificación y que dentro de él habitaban tantas personas como mundos.” (1998:111)

El halo de misterio que rodea a este personaje tiene que ver -quizá- con su pertenencia (que no está dicha en forma explícita sino sólo sugerida en el pasaje que citamos a continuación) a las comunidades cazadoras recolectoras que limitan con la finca, espacio donde ocurren los sucesos.

La diminuta caravana atraviesa el agua temblorosa de los ojos de Ángel Lemos que mira desde la oscuridad de su habitación. Por el fondo de su memoria cruza otra hilera de mujeres. Van andando por un sendero olvidado del chaco, llevando sobre sus espaldas bolsas de chaguar repletas de raíces y de frutos silvestres. (...) Alguna de ellas pudiera ser su madre; aquel niño pudiera ser él mismo, allá lejos, muy lejos... (1998:19)

También puede tener que ver con el hecho de que Poroto, enorme narrador de historias que divierte a los otros peones con sus cuentos, pone como protagonista o fuente de muchos de ellos a Ángel Lemos.

Eran historias verdaderamente trágicas y espeluznantes. Todo era posible: muertos que regresaban para vengarse de sus verdugos, almas en pena que vagaban por la tierra sin consuelo, espíritus malignos o demoníacos que atajaban a los viajeros por el camino, bajo cualquier forma, tesoros escondidos en los más remotos lugares, hombres y mujeres enloquecidos por sus pasiones, matanzas masivas de indios en los confines del Chaco; historias de soldados, mujeres y animales (...) “De donde saca tantas historias?” se preguntaban algunos, y él siempre decía que las había oído de un tal Lemos, el “chaqueño Lemos” como gustaba llamarlo. (1998:111)

Además de la narración en primera persona, hay una en tercera. Entre los personajes de la misma, nos interesan los ‘cuatro jinetes’ que realizan la búsqueda de un extraño

animal que se aparece, por sus diferentes maneras de ver los sucesos. Una es la de Poroto que está convencido de la necesidad de buscar al bicho. “Tenemos que hacer algo, patroncito -dice Poroto-. Ese bicho o lo que sea, anda suelto en la finca y es peligroso para todos.” (1998:29) También sumergido en las creencias está Andrés “Más atrás viene Andrés, mirando alternativamente para ambos costados del camino, sospechando del bulto más insignificante. Le obsesiona la idea de que el Ucumar lo elegirá a él, y sólo a él, para atacar (...)” (1998:138). Pero los que más nos interesan son Rodríguez y el Administrador ya que, en su disímil punto de vista acerca de la búsqueda del extraño ‘animal’, está la clave de lo que serían las nuevas valoraciones de los saberes sumergidos que venimos rastreando. Rodríguez es descrito como el típico hombre de izquierda, infiltrado para servir de levadura a la masa. Cuando el Administrador, que es yerno del dueño de las tierras, decide emprender con los otros la búsqueda del “animal”, Rodríguez lo sigue, pero toda su actitud es cínica y en sus palabras se deja traslucir la ironía, la burla por la -desde su punto de vista- increíble búsqueda en la que se ha embarcado el “patrón”. Ante la pregunta de si viene o se queda, Rodríguez contesta:

Y después de haber escuchado un relato como ese, tan... interesante, tan verídico, tan conmovedor, creo que nadie podría resistir a la tentación de conocer a la misteriosa criatura. Oiga, lo digo sinceramente. Nunca imaginé algo así, tan... tremendo, y que el bicho... ¿cómo se llama?... Ucumar, eso, pudiera vivir tan cerca nuestro y nosotros no lo hayamos podido conocer todavía. ¡Fíjese usted! (1998:109)

Rodríguez es el único personaje absolutamente descreído de la novela, ya que el Administrador, aunque proveniente de familias de estancieros porteños (se menciona la estancia del tío Robert) y aunque convencido de que “allá”, en Buenos Aires, las cosas “tenían un nombre y un lugar en la realidad” (1998:150), acepta que sus convicciones se tambalean, hasta llegar a sentir que las vivencias de la gente pueden ser lo cierto:

¿Y si todo esto fuera cierto? ¿Si en vez de una gran mentira todo resultara una realidad? Entonces sí, todo se complicaría. ¿Cómo desatar los nudos misteriosos que unen lo real con lo imaginario? ¿Cuáles hilos corresponden a la realidad y cuáles a la imaginación en este complicado tejido donde se mueven todos? ¿Dónde está la **verdad verdadera**? Imposible llegar hasta el fondo de las cosas así tan desarmado. ¿Cómo salir ileso del intento? La vida tiene sus misterios, pero aquí en medio de esta gente, sobre todo para quien llega desde afuera. La vía más fácil es la simplificación, pero pronto se descubre que el mundo es mucho más complejo. Uno ve que la gente va de una dimensión a otra con la misma naturalidad como se pasa del auto a la camioneta; para ellos no hay fronteras. Pero el forastero se queda en la mitad del puente, intentando razonarlo todo, buscándole una explicación lógica. **Aquí se hacen trizas los esquemas.** (1998: 149)

El administrador ya no tiene las certezas de los personajes del siglo XIX que construían el discurso de la verdad colocando como lo bueno (la **civilización**, la ciencia, el progreso) y como lo malo (la **barbarie**, la superstición, el atraso), que instauraban la “verdad verdadera”¹⁰. Tampoco está imbuido de las esquemáticas fundaciones de la verdad del marxismo como los sujetos enunciativos de los textos indigenistas o como Rodríguez, personaje cuya vía es la “simplificación” de la realidad y su reducción a la polaridad explotador-explotado. Al administrador la realidad se le presenta en toda su complejidad, sin tantos blancos y negros, sin tantos esquemas dicotómicos: “Aquí se hacen trizas los esquemas” dice.

10. Pensemos por ejemplo en las convicciones del unitario en “El matadero” de Esteban Echeverría (1944), capaz de morir por sus ideales.

Conclusión

Recorrimos el largo arco temporal que va desde la formación de la Argentina, hasta nuestros días, momento en el que las guerras originadas en el momento fundante parecen reactualizarse. Lo hagamos ahora brevemente a modo de conclusión.

Acalladas las guerras contra los godos, distintas facciones se enfrentan por tener proyectos distintos para la nación independiente (unitarios y federales, Buenos Aires y el interior, los caudillos entre sí). En esa instancia, el bando de los proscriptos expatriados se constituyó en raza superior, poseedora de la verdad y de la civilización. Tomado el poder y constituido el estado, utilizó acciones consientes y deliberadas (verdaderas guerras de exterminio) contra la facción contraria (los caudillos, los gauchos y los indios, es decir, los bárbaros). Luego usó una serie de leyes (de educación, de inmigración) tendientes siempre a eliminar a ese grupo, atrás de las cuales la guerra seguía enardecido, para permanecer en el poder.

Registrado (a fines del siglo XIX) el descontento de los actores sociales que habían quedado en el cono de sombras de la dicotomía civilización-barbarie, un nuevo paradigma de lectura de la realidad, el mestizaje conciliador de opuestos, es utilizado por un sector de la clase dominante (los nacionalistas) a fin de disimular el racismo y permitir la conservación del poder. Las alianzas de ese sector, constituido en campo intelectual, con los escritores del interior hizo posible, a comienzos del XX, la retroalimentación y a las reivindicaciones de los gauchos y de los caudillos ya iniciadas por aquellos se le sumó una revaloración de las regiones del interior, basada en modos de percibir el mundo diferentes y propulsada por éstos.

Las diferencias fueron acentuándose con el correr del siglo y el ascenso de las capas medias hizo posible la aparición en el norte de un paradigma andino, el indigenismo, y los textos literarios permiten la visibilización del único actor social que no había sido reivindicado: el indio.

Y ya hacia el final del siglo, una novela de personajes y episodios misteriosos, dispares puntos de vistas sobre los hechos, distintas versiones orales de varias creencias populares que sirven para explicar las apariciones de un extraño animal procura la recuperación de los saberes populares. Esto, unido al rescate de algunos mitos indígenas que se textualizan, nos permite la siguiente conclusión: “los discursos unitarios que los han descalificado están probablemente dispuestos a anexárselos, a retomarlos (...) y a ‘hacerlos actuar’ (como en esta novela) en sus efectos de saber y de poder” (FOUCAULT, 1996:21, el paréntesis es nuestro). Sin embargo, la fuerza que van ejerciendo las voces descentradas y los saberes sometidos incorporados a la escritura salteña, es tan grande que éstos van siendo legibles y van generando el consenso de la necesidad de su recuperación. Con estas incorporaciones, la producción letrada acompaña la aparición de textos de autoría indígena como el Olhamel Otichunhayaj, (Nuestra Memoria), recopilado por Laureano Segovia (1998), perteneciente a la etnia Wichí del chaco salteño, y el conflicto fundante de la guerra de razas en Argentina sale a luz, pero esta vez todo está dicho desde otro lado.

Bibliografía

- Academia Argentina de la Historia** (1967) *Historia argentina contemporánea*. Buenos Aires, El Ateneo.
- Aparicio, Carlos Hugo** (1988) *Trenes del Sur*. Buenos Aires, Legasa.
- Castilla, Manuel J.** (1984) *Obras Completas. Tomo I (Poesía)*. Buenos Aires, Corregidor.
- Cornejo Polar, Antonio** (1966) "Prólogo" en *Ciro Alegría, El mundo es ancho y ajeno*. Caracas, Ayacucho; (1980) *Literatura y sociedad en el Perú. La novela indigenista*. Lima, Lasontay; (1994) *Escribir en el aire*. Lima, Ed. Horizonte.
- Darío, Rubén** (1969) "Canto a la Argentina" en *Antología Poética*. Buenos Aires, Losada.
- Dávalos, Juan Carlos** (1977) *Cuentos y relatos del Norte Argentino*. Buenos Aires, Austral.(1997) *Obras completas*. Buenos Aires, Senado de la Nación.
- Echeverría, Esteban** (1944) "El matadero" en *Prosa literaria*, Buenos Aires, Editorial Estrada.
- Fernández Bravo, Alvaro** (1999) *Literatura y Frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Frías, Bernardo** (1971) *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta*. Buenos Aires, Ed. De Palma.
- Foucault, Michel** (1991) *Las palabras y las cosas. México, Siglo XXI*; (1996) *La genealogía del racismo. La Plata (Argentina), Ed. Altamira*.
- Gauffin, Federico** (1994) *En tierras de Magú Pelá. Salta, Comisión Examinadora de Obras de Autores Salteños*.
- Gerbi, Antonello**, *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Güiraldes, Ricardo** (1966) *Don Segundo Sombra*. Buenos Aires, Losada.
- Gutiérrez, Eduardo** (1980) *Juan Moreira*, Buenos Aires, CEAL.
- Hernández, José** (1975) *Martín Fierro*. Buenos Aires, Losada.
- Ighina, Domingo** (1998) *El Libro de los Reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez*. Córdoba, Alción ed.
- Katra, William H.** (2000) *La generación del 37. Los hombres que hicieron el país*. Buenos Aires, Emecé.
- Lauer, Mirko**. *Andes Imaginarios. Discursos del indigenismo 2. Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas"*, 1997.
- Lugones, Leopoldo** (1979) "Oda a los ganados y las mieses" en *El payador*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Mansilla, Lucio** (1997) *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Ceal.

- Mera, Juan León** (1967) *Cumandá o un drama entre salvajes*. Madrid, Espasa Calpe.
- Rama, Carlos** (1978) *Historia de América Latina*. Barcelona, Bruguera.
- Roig, Arturo**. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, F. C. E.
- Rojas, Ricardo** (1957) *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*. 3ra. Edición, Buenos Aires, Kraft.
- Sarmiento, Domingo Faustino** (1950) "Corolario a la Primera Edición" en Bartolomé Mitre *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Buenos Aires, Anaconda. (1971) Facundo. Buenos Aires, Kapetusz.
- Segovia, Laureano** (1998) *Nuestra Memoria*. Bs As, EUDEBA.
- Sorensen, Diana** (2000) *Facundo y la construcción de la Cultura argentina*. Rosario Beatriz Viterbo editora.
- Vergara, Santos** (1998) *Las vueltas del perro*. Salta, Víctor Hanne Editor.